

COSAS DONOSTIARRAS

EL ENTERRADOR DE POLLOE

Zulo gille-arekin itz abek euskaraz.

BUEÑOS días. ¿Se trabaja?...

—Felices tenga V.; sí, señor, siempre trabajando.

—¿Hace mucho tiempo que es V. enterrador?

—Muchos años, pero muchos. Verá V. Cuando era niño, empecé á ayudar á mi padre; calcule V., mi padre fué también enterrador en San Martín y en San Bartolomé. En este último cementerio estuve trabajando desde 1860... y continúo enterrando en esta necrópolis de Polloe; con que cuente V. si han pasado muertos por mis brazos! ..

—De manera que ha visto muchos cadáveres!

—¡Oh!, sí, señor. No he viajado nunca, pero he visto muchísimo ... Me han solidó decir que hay sabios, hombres de talento que dicen cosas hermosas sobre la muerte. Pero nada hay tan hermosamente triste, tan sublimemente grande, como el tratar con la muerte misma. Transcurre mi vida sin hacer otra cosa que enterrar á mis semejantes. Por ejemplo: hoy entierro á un ángel, ó á un adulto, lo cubro con cuidado, elevo una oración por él y no le veo más. Al cabo de algún tiempo, vuelvo á trabajar sobre aquel lugar y únicamente encuentro una consumida osamenta!!...

—¿Usted tendrá muchos recuerdos de su oficio?

—Sí, señor, bastantes; si empezara á contarle necesitaría mucho tiempo y quizá le dejaría muy apenado. Sin embargo, algo diré. Los muertos de la acción de Arratzain, cuantos pudieron ser recogidos y traídos sobre mulas, yo los enterré en San Bartolomé; todos quedaron en una gran zanja. Aquellos pobres jóvenes, á quienes les importaba un

bledo lo que defendían, eran soldados del desgraciado regimiento de Luchana.

Otro dia fué el ataque de Choritoquieta y hubo muchos muertos, hombres valerosos que pocos momentos antes se hallaban llenos de salud. ¡Ah!, tuvimos que abrir una zanja. Llegó la Cruz Roja, cargada de conducciones. Yo esperaba con mi azadón al borde del agujero. Por allí rodaron seguidamente cadáveres de soldados, cadáveres de miqueletes... En el fondo quedaban todos entregados á la voracidad de la tierra!... Un oficial del ejército me dijo que parecía un personaje de Hamlet; yo no sabía quién era Hamlet. Momentos después enterraba á Amantegui, teniente de miqueletes, y luego al sargento Bodín y más tarde á aquel inolvidable soldado que murió cerca del barrio de Loyola. En fin, ¡¡he enterrado á tantos... á tantos!! ...

—De manera que toda vuestra vida ¿la vivís de los muertos?

—Sí, señor, la he vivido, porque eso aprendí desde niño. Hoy siento por mi ocupación verdadero amor. Quiero mucho á los muertos... Quiérolos de veras...

—Y el dia que enferma usted, ó falta por cualquier motivo al trabajo algún tiempo ¿le cuesta el empezar otra vez de nuevo...?

—Lediré á V.; empiezo no sé si con escrupulosidad, ó con precaución, ó con determinado respeto, ó no sé con qué; siento algo extraordinario, pero pasa y me entrego á mi faena y continúo trabajando, siempre trabajando!...

—De manera que V. ha enterrado á todos los que yacen en Polloe.

—Sí, señor, yo los he entregado á la tierra.

—Y digame, ¿cómo es su nombre de V.?

—Yo me llamo Timoteo Arrizabalaga.

—Perfectamente, Timoteo. Adiós, salud y que tengáis poco trabajo.

—Así lo deseo también. Pero no tengo más remedio que aguardar á que traigan otro muerto, y luego otro, y otro. Así continuare mientras tenga vida, enterrando.

—Adiyo, adiskidea; osasuna dizula Jainkoak, eta zure otoitzetan eska zaizu lan guchi, sasoyian zaudezen gure Donosti eder-ari Pollo- etikan begira.

F. LÓPEZ-ALÉN.

